

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 24 Febrero 1906.

Núm. 8.

---

## Catequística.

---

P. Quién es Cristo?

R. Dios y Hombre verdadero.

D.=Cómo se llama el Hijo de Dios hecho Hombre?=  
R.=El Hijo de Dios hecho Hombre se llama Jesucristo.=

D.=Quién es, por tanto, Jesucristo?=  
R.=Jesucristo es el Hijo de Dios hecho Hombre.=(1)

---

La pregunta *¿Quién es Cristo?* más bien parece referirse á la existencia individual de Cristo, que no á su esencia ó constitutivos esenciales. Pues, para preguntar por la esencia ó naturaleza de un ser, no se pregunta: *Quién es*, si no: *Qué es*. Pero cuando, á la pregunta de *Quién es Cristo*, se responde que es: *Dios y Hombre verdadero*, se da á entender que la pregunta no iba encaminada á indagar la existencia del individuo, sino su propia naturaleza ó esencia; es, á saber, lo que Cristo es. Mas, aunque el concepto de Cristo fuera tal que hubiera de componerse de esas dos cosas juntas, Dios y Hombre verdaderos, pudiera suceder que no existiera Jesucristo en el orden real, como en efecto no existía, en cuanto tal, antes de haber encarnado en las entrañas de la Virgen Santísima; por eso, ya que aquí tratamos de saber *Qué es y Quién es Jesucristo*, suponemos que en la pre-

---

(1) Estas dos últimas preguntas con sus respuestas son del Catecismo de Pío X, como se conoce por las iniciales *D* y *R*, y por los dos guiones (=) con que en la advertencia anterior dijimos que se distinguirían. Lo repetimos, sin embargo aquí, ya por si alguien no leyó la advertencia, y ya por suplir la falta de uso de tales distintivos.



gunta respecto de la esencia va también envuelta la pregunta sobre la existencia, y á ambas es necesario que respondamos.

Saber qué es Jesucristo, ó, mejor, qué había de ser, era lo bastante para los hombres que vivieron antes de que Jesucristo hiciera su entrada en este mundo; pues ellos se podían salvar con la fe en Jesucristo, que había de venir; pero no es bastante para los que vivan después de la venida del Redentor; pues éstos no se pueden salvar á no ser creyendo en Jesucristo, en cuanto realmente existió en el mundo y padeció por nosotros. Hay, pues, que creer en estas dos cosas: que hubo un hombre, llamado Cristo, que real y verdaderamente existió sobre la tierra; y, que ese hombre, llamado Cristo, no es solamente hombre, como nosotros, sino que es también verdadero Dios.

He aquí, pues, las dos cosas que, en modesta y sencilla manera, debemos ahora desenvolver: 1.<sup>a</sup> *Existencia de Jesucristo*; 2.<sup>a</sup> *Esencia de Jesucristo*; ó de otro modo: 1.<sup>o</sup> Jesucristo existió; 2.<sup>o</sup> Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

### 1.<sup>a</sup> *Jesucristo existió.*

No poco rubor causa, á las alturas á que ha llegado la historia y á la que debiera haber llegado la humanidad respecto de su divino Redentor, establecer la precedente proposición, aunque se plantee, como nosotros lo hacemos, no en sentido dudoso ó problemático, sino rotundamente afirmativo. Por eso hace falta pedir dispensa y hasta perdón á nuestros lectores, todos católicos y todos instruídos, por ocuparnos en una cosa para ellos tan evidente y tan consoladora. Cuando el mundo entero hace veinte siglos que está viviendo en una atmósfera saturada de las virtudes de Cristo, y respirando el olor de su divina santidad; cuando la fulgurante luz del Evangelio se derrama á torrentes por todas partes, y penetra por todos los resquicios de las humanas generaciones; cuando, en una palabra, la historia de Jesús llena las bibliotecas, y se lee en todos los rincones de la tierra, y el nombre de Jesús vibra, como dulce melodía, á los oídos de todos los hombres, apenas el corazón se ve en la necesidad de probar la existencia de Jesucristo.

Sin embargo, es un hecho, tan patente como triste, que se da esa necesidad. En todos los tiempos ha habido hombres, ya impíos, ya ilusos, que negaron la existencia de Jesucristo, como ser



real y verdaderamente histórico; y no faltan, en nuestros días, por desgracia, hombres de esa ralea. Fácil será que con tales sujetos tengan que habérselas en materias religiosas algunos de nuestros lectores; y no menos fácil es que topen, cuando menos lo piensen, con libros y periódicos en que se considere á Jesucristo como un mito, como un ser fantástico, como un personaje de novela, ó á lo sumo, como un ideal, pero un ideal puro y abstracto de la humanidad.

Viva está, en medio de su prolongada y afrentosa muerte, ó sea, en medio de ese destierro y dispersión con que sufre el castigo de la eterna Justicia por su horrendo deicidio, la nación judaica, y sus individuos dispersos andan por todas las naciones del globo; pues esa nación niega en redondo que Jesucristo haya venido al mundo, y espera que habrá de venir en los futuros tiempos.

Muchos de los escritores y filósofos alemanes del pasado siglo, cuya filosofía ha esparcido sus trascendentales errores por la mayor parte de los centros de enseñanza civil, se inclinan á creer, y aun resueltamente afirman, que Jesucristo es un *mito*, es decir, una ridícula invención, hija del fanatismo religioso, como ellos llaman á la verdadera fe. Federico Strauss ha escrito una obra, de la cual van publicadas varias ediciones, á que bautizó con el nombre antitético de *Vida de Jesús*, porque la verdadera vida de Jesús no aparece en ella por ninguna parte; y en esa *Vida de Jesús* se propone el impío Strauss echar por tierra toda la historia evangélica de la vida de nuestro Redentor, y hace de Jesucristo un personaje mítico, al igual de los dioses de la gentilidad. Cosa parecida viene á decir Luis Fuerbach, con un atrevimiento y un cinismo tales, que son un insulto, no ya sólo á las creencias de los verdaderos católicos, mas también á la de la humanidad civilizada.

Los mismos caminos siguen los escritores llamados racionalistas, pues, consecuentes con su sistema, niegan todo lo que esté sobre la esfera de la humana razón, como lo está Jesucristo con todos sus misterios; y al racionalismo se inclinan los más de los protestantes de los actuales tiempos.

De modo, que es harto subido el número de los que niegan la real y verdadera existencia de Jesucristo. Por eso es de grande necesidad y de no poca actualidad la proposición en que afirmamos la verdad histórica de la existencia de Jesucristo.



*Jesucristo existió.* Es un hecho tan notable y tan esplendente la existencia de Jesucristo, se yergue éste con tanta majestad y tanta pujanza sobre el pedestal de todas las humanas grandezas, que no hay posibilidad de ignorarlo, á no ser cerrando voluntariamente los ojos á la vivísima luz de la historia.

Muchos son los nombres y todos santos y adorables con que es designado Jesucristo; pero la variación del nombre no lleva consigo la variación del sujeto. Sea, pues, cualquiera el nombre con que le conozcamos, no se puede dudar que la persona que lleva esos múltiples nombres fué una persona real y existente en un momento dado. Bueno será, no obstante, que digamos algunos de los muchos nombres con que á Jesucristo se le nombra; pues, probada la existencia de la persona, probado queda que existió Jesucristo bajo todos los aspectos significados por los nombres; y á la par, y por reflejo, la enumeración de esos nombres, reconocidos por la historia, es una prueba de la existencia real de la persona de Cristo.

*Nombres de Cristo.* Por razón de su origen, se llama: Hijo de Dios, Hijo, por excelencia, del hombre, Hijo de Abraham, Hijo de David, Hijo de la Virgen, é Hijo putativo de José. Por razón de su patria: el Nazareno y el Galileo. Por razón de su nacimiento é infancia: El Niño de Belén y el Niño Jesús. Por razón de su propia naturaleza, se llama: Verbo de Dios encarnado y humanado, Emmanuel, Hombre-Dios y Dios-Hombre. Por razón de sus virtudes y cualidades, se llama: El Santo, El Justo, la Sabiduría infinita y la Ciencia infinita. Por razón de su misión: Don de Dios y Enviado de Dios. Por razón de sus ministerios, se llama: Jesús, Salvador, Cristo, Jesucristo, El Ungido del Señor, Redentor, Sacerdote eterno y sumo, El divino Maestro, El Nuevo Adán, El Juez de la humanidad, Rey de reyes, Príncipe de la Paz, El Esposo de las almas, El divino Esposo, Luz del mundo, León de Judá, Cordero de Dios, Padre del futuro siglo, El Buen Pastor y otros varios, como es de ver en el hermoso libro que sobre *Los nombres de Cristo* escribió nuestro insigne compatriota, Fray Luis de León. Por último, por razón de su muerte y de sus instituciones, se llama: Hostia y Víctima de propiciación, El Crucificado, el Autor de los Sacramentos, El Fundador de la Iglesia, etc.

(Continuará).





## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica de Quincuagésima.

El Evangelio de la Misa de este día está tomado del capítulo XVIII de San Mateo, y en él se distinguen dos partes: la primera, refiere la predicción que hizo Jesús á sus doce Apóstoles de su futura pasión y muerte, cuando todos se dirigían á Jericó, con intención de pasar á Jerusalem. «*Ved, les dijo: se cumplirán todas las cosas que los profetas han escrito del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, tratado con irrisión, azotado, cubierto de salivas; y después de azotado se le condenará á muerte, y resucitará al tercer día.*»

Abundante materia de reflexiones nos proporcionaría este pasaje, que con tanta oportunidad nos recuerda nuestra Santa Madre la Iglesia en esta semana de tanta degradación moral, y de tanta depravación de costumbres, que con razón ha hecho decir á algunos escritores, podría llamarse el Agosto del diablo. También en estos días de Carnaval es entregado el Señor en manos de una chusma de gentiles, porque gentiles son los que renuevan con fiestas y orgías impuras los impuros y obscenos bacanales. También en estos días es abofeteado, escupido, arrastrado, azotado y puesto en una cruz el Hijo de Dios por aquellos mismos que gustaron el fruto de tantas afrentas y dolores, y en la ocasión solemne en que la Iglesia nos invita con palabras amorosas á meditar tan sublimes y saludables misterios. «*Mas ellos (los Apóstoles), no entendieron nada de todo esto.*» Vosotros sí que lo entendéis, cristianos; por eso no quiero descubrir el velo que tapa tantas inmundicias; mas, por si acaso hubiere algún ciego también entre vosotros, que necesitase luz del cielo para no caer en tanta disolución, ó levantarse de este miserable estado, aprendamos las enseñanzas que se desprenden de la segunda parte de este Evangelio, ó sea, de la curación del pobre ciego de Jericó.

No veía el desgraciado la clara luz del cielo, pero oyendo que por el camino donde él mendigaba pasaba Cristo, exclamó al punto: «*Jesús, Hijo de David, tened compasión de mí.*» Y sus ruegos lograron que el Señor le oyese, y accediendo á su petición, le restituyese la vista.

Sólo con la oración se alcanzan los favores del cielo, por lo



cual se viene en conocimiento de la *necesidad* de la oración. No podemos hacer nada sin la gracia divina. Es verdad que con la gracia suficiente que Dios á todos concede, pudiera bastarnos para resistir las tentaciones; mas también es cierto que por nuestras malas inclinaciones las tentaciones arrecian y nos vemos expuestos á tantos peligros que, sin un auxilio especial de Dios, es moralmente imposible salir á flote. Pues bien: este auxilio especial lo hemos de pedir, pues Dios se ha impuesto una ley inviolable de no concederlo sino al que ora, como nos lo dice San Agustín.

La misma gracia de la perseverancia sólo se alcanza por medio de la oración. Por lo tanto, si queremos conservar la gracia de Dios, hasta el último aliento de nuestra vida, hemos de orar, orar siempre y sin intermisión, como nos dice el Apóstol. Es, pues, la oración necesaria hasta con necesidad de *medio*. Es necesario que nos hagamos mendigos delante del Señor y repitamos á cada momento: «Señor, tened misericordia de mí».

Siendo tan necesaria la oración, claro está que no puede menos de ser *eficaz*. El Señor lo ha dicho: *Pedid y recibiréis*. Y entonces, ¿cómo se explica que muchas veces no nos otorga el Señor las gracias que le pedimos? Pues porque, ó no nos convienen, ó no sabemos pedir las. Un padre quiere mucho á su hijo; pídele, sin embargo, éste, un cuchillo, y aquél se lo niega, cortándole él mismo el pan, pues el niño corre peligro de cortarse.

Este es el gran yerro que hace estériles las oraciones de muchos cristianos. Creemos inútil advertir que no nos referimos á aquellos que piden cosas ilícitas, como es la venganza ó castigo contra aquellas personas que les han inferido algún agravio. Hablamos de aquellos que piden, ó alguna gracia espiritual, buscando en ella su gloria propia antes que la de Dios, ó bien gracias temporales, sin poner la condición de si les conviene para su salvación. Pedís que os toque la lotería, y Dios, que ve más que vosotros, sabe que si llegáis á ser ricos seréis también grandes avaros. Pedís tal ó cual colocación, y sabe Dios que una vez alcanzada seréis muy soberbios. Pedís el enlace con esta ó la otra persona, y Dios prevee que seréis muy desgraciados aquí en esta vida y después en la otra. Por eso Dios, Padre misericordioso, no accede á vuestros ruegos y os contesta como Jesús contestó á los hijos del Zebedeo: *No sabéis lo que pedís*.



Peregrinó un ciego al sepulcro de San Bedasto para pedir que le restituyese la vista. El santo se la concedió; mas tornando el favorecido á su casa, pensó si acaso no le fuera mejor para su salvación haber continuado ciego. Con esta preocupación volvió al sepulcro del santo, y bajo esta condición volvió á orar y otra vez volvieron á cerrarse sus ojos. ¿Qué más? El mismo Jesucristo oró en el huerto de Getsemaní, pidiendo que pasara de El aquel cáliz tan amargo, si tal era la voluntad de su Padre celestial; mas el Padre no lo quiso y bebió el Hijo hasta las heces el cáliz de la pasión.

La otra causa que suele impedir con mucha frecuencia el fruto de nuestras oraciones, es el no hacerlas como es debido. Cuatro, según el catecismo del P. Ripalda, son las condiciones de que debe ir acompañada la oración para ser buena: *Piedad, confianza, humildad y perseverancia.*

Haced una oración fervorosa y llena de piedad y moveréis las entrañas piadosas de vuestro Padre celestial.

No hagáis, como algunas piadosas á la moda, que pasan las horas en la iglesia, rosario en mano, y, á juzgar por su actitud externa, no parece sino que se ocupan en contar las velas del altar, observar curiosamente el lujoso atavío de las demás devotas y apuntar las que alargan su mano para depositar su óbolo en la bandeja ó el cepillo.

No imitéis á aquellas otras que prorrumpen en amargas quejas contra Dios, si no escucha con presteza sus ruegos; con lo cual indican que sus oraciones van mezcladas con muy poca fe y menos humildad.

Rogad *sin intermisión*, pues *conviene orar perseverantemente y nunca desfallecer.* Repetid una y muchas veces la misma súplica; que si Dios hoy no os escucha, puede escucharos mañana. Cuarenta años estuvo pidiendo San Pedro Claver la conversión de un negro, hasta que la consiguió. Pues ¿qué hubiera sido de aquel pobre si el santo no hubiera sido perseverante en su oración?

Imitad, en fin, al ciego de Jericó, quien, conociendo con humildad su miseria, lleno de gran confianza, pidió una y otra vez á Jesús, aunque todos los que le oían le tachasen de importuno.

Esto es orar bien, y si todos orasen de este modo no habría tantos ciegos en el mundo, ni tantas caretas ó antifaces cubridores de vicios y desordenes, ni tantos que, ebrios de placeres, corriesen en estos días por esas calles, degradando la dignidad humana.





## Explicación de las Virtudes.

(Conclusión).

Hay otro deseo de la perfección, al que hemos calificado de *aparente, débil y condicional*. Decimos *aparente*, porque está solamente en nuestros labios. Parece que anhelamos emprender el camino de las virtudes; pero miramos al corazón, y el corazón no siente estos deseos; de lo cual nace la falta de fuerzas para realizar actos verdaderamente virtuosos, por lo que son los tales deseos *débiles*. ¿Que en dónde está la causa de la debilidad y apariencia de estos deseos? Fácilmente se ve. Está en el apego á las cosas del mundo; pues consideramos la obligación que tenemos de dirigirnos al cielo con el desprendimiento de los bienes y deleites de este mundo; pero nuestros deseos son de tal naturaleza, que nos mueven á obrar mientras no se presentan los objetos ú ocasiones á que estamos ligados; pero si alguna ocasión ó algún objeto de este género se nos presenta en el camino, plegamos nuestras alas y no subimos. El alma, con estos deseos, no será águila que se remonta á las alturas de la perfección; será vil murciélago, que se esconde en la grieta de ruinosa torre, para adormecerse en la oscuridad.

Por desgracia son de este modo los deseos de la mayor parte de los hombres. Si preguntáis á cualquiera: ¿Quieres salvarte? Responderá: ¡Ah! ¡Que si quiero salvarme! Yo deseo salvarme, dirá el ambicioso, pero no procura arrancar de su corazón las aspiraciones locas que lo devoran; yo deseo salvarme, dirá el usurero, que acaso se postra rezando, con los labios nada más, un Padrenuestro, pero no retira su pensamiento del tanto por ciento elevadísimo con que sangra al pobre; yo deseo salvarme, dirá el impuro, pero no intenta apagar la pasión, que lo abrasa; yo quiero salvarme, dirá el rencoroso, pero sigue maquinando el mal de su enemigo; yo quiero salvarme, dirá el murmurador, y su boca seguirá manchando la fama ó la honra del prójimo; yo quiero salvarme, dirán la hija, la madre, el hijo, el padre, el amo, el criado, todos, pero el criado, el amo, el padre, el hijo, la madre, la hija, continuarán respectivamente faltando á la fidelidad doméstica, oprimiendo á sus inferiores, derrochando en juegos y espectáculos profanos é inmorales el dinero, que debiera emplear en pan para sus hijos, desobedeciendo á sus padres y fomentando



el vicio, consintiendo en el desorden de la casa con su abandono, entregándose al lujo, á las novelas peligrosas, á los bailes. En fin, todos queremos salvarnos, pero sin querer dejar la perdición. ¡Qué locos!

Estos no son deseos de perfección, propiamente dichos. Los hombres, que abundan en ellos, «son como soldados pintados en campamento, que siempre están con la espada sobre el enemigo, y nunca acaban de descargar el golpe» (1), ó como los malos estudiantes, que pasan todo el tiempo en deseos de estudiar, sin que comiencen de veras. Por eso dice el Sabio (2): «El perezoso quiere y no quiere, porque no quiere echar mano al trabajo». ¡Cuántos somos así por desgracia! Y aun más, ¡cuántos hay que ni siquiera tienen estos deseos débiles, sino que viven como olvidados en absoluto de la obligación, que á todos nos está impuesta de salvarnos! ¿Cómo no se va á propagar el mal, cada día con más vertiginosa rapidez? ¿Cómo no ha de triunfar el vicio en nuestras almas? Estamos viviendo con cobardía, y por este camino ni llegaremos á adquirir las virtudes, ni alcanzaremos la eterna bienaventuranza. Reflexionemos lo que dijo S. Felipe de Neri: «El cielo no se ha hecho para los cobardes».

Mas ¿de dónde proviene la falta de firmes deseos? Dicen, y es cierto, que nada queremos si antes no tenemos noticia del objeto que podamos desear. Si, pues, nosotros no deseamos la bienaventuranza y las virtudes con deseos firmes é incondicionales, es porque no meditamos las verdades de nuestra sacrosanta religión. Bien podemos aplicar á esta doctrina las palabras del profeta Jeremías (3): «Toda la tierra está llena de desolación, porque nadie medita». Sin meditación no hay conocimiento, sin conocimiento no hay deseos, sin deseos no habrá posesión.

Y si no hay meditación de las verdades, que son alimento del espíritu, necesariamente caemos en las redes del mundo, al que nos empujan nuestras pasiones rebeldes. Nuestros deseos serán de gozar los bienes de la tierra, de satisfacer nuestros apetitos desordenados, con lo cual viviremos alejados de Dios por el

---

(1) Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, por el V. P. A. Rodríguez, tom. I, c. 3.<sup>o</sup>

(2) Libro de los Proverbios, XIII-4.

(3) Libro de Jeremías, XII-11.



pecado, y trabajaremos más y más en favor de nuestra condenación eterna.

Por consiguiente, para despertar en nosotros el deseo de la perfección, tengamos en cuenta los motivos que para esto son indispensables. Primeramente pensemos en la obligación que pesa sobre todo hombre de agradar á Dios con todas las fuerzas del alma. De Dios es nuestro espíritu, de Dios nuestro cuerpo; pues con el espíritu y el cuerpo á Dios hemos de dirigirnos. En segundo lugar reflexionemos acerca de la obligación de salvarnos. Seguro es, que los que tengan presentes estos motivos y los recuerden con frecuencia, llegarán á desear la perfección; y deseándola, comenzarán la vida del espíritu, porque Nuestro Señor desea nuestros deseos para derramar abundantes gracias sobre nuestras almas. Por eso se lee (1): «Tuvieron sed y os invocaron, Señor; y un arroyo brotó para ellos de lo alto de una roca, y su sed quedó apagada con las aguas que salieron de la piedra». Las cuales palabras, en sentido místico se refieren á los deseosos de amar á Dios, que serán enriquecidos generosamente por la Bondad divina con tesoros de valor inapreciable. «A los hambrientos llenó el Señor de bienes» (2).

---

## CUENTO

---

### Ir por lana y volver trasquilado.

Paseándose por París dos jóvenes oficiales, entraron cierto día en la iglesia de la Asunción. Después de haber mirado sus cuadros y su arquitectura, después de haber pensado en todo menos en Dios, disponíanse á salir cuando distinguieron á un sacerdote revestido de sobrepelliz y arrodillado junto á un confesonario. Parecía estar esperando á alguien.

—¡Toma! Mira aquel cura,—dijo riendo uno de los dos militares á su camarada;—¿qué es lo que hace allí?

—Tal vez está aguardándote á ti—respondió el otro.

—No es fácil—repuso el primero:—pero ¿qué apuestas á que voy á hablarle?

—¿A que no?

---

(1) Libro de la Sabiduría XI.4.

(2) San Lucas, I-53.



—Más todavía: ¿á que me confieso con él?

—¿A que no?

—¿A que sí? ¿Qué apuestas?

—Una buena comida.

—¿Con champagne?

—Con champagne.

—Pues no se hable más... Está dicho. Aguárdame y verás un poco la maniobra.

Y ved ahí á nuestro joven aturdido adelantarse resueltamente hacia el ministro del Señor, y decirle algo al oído. Levántase éste, entra en el confesonario, y el oficial se arrodilla á uno de los lados, como se estila en semejantes circunstancias.

—¡Qué atrevido!—pensaba el otro.

Y con una sonrisa de admiración en los labios, sentóse para aguardar al improvisado penitente.

Hacia ya siete ú ocho minutos que duraba esto, y el camarada empezaba ya á encontrar que se prolongaba demasiado la broma. Por fin, después de más de un cuarto de hora, el oficial se levantó, dejó el confesonario y salió de la iglesia después de haber hecho una seña á su amigo. Tenía serio el rostro y parecía conmovido... Bromeó con su compañero sobre la aventura aquella, aunque sin querer decirle lo que le había retenido tanto rato en aquel sitio, y á la primera ocasión que se le presentó separóse de él y se fué á su casa.

Dos días despues volvía á la iglesia de la Asunción, y después de haber estado un buen rato rezando, se acercó á aquel mismo confesonario, en el que acababa de entrar aquel mismo sacerdote de aquel día... Esta vez estuvo allí media hora, y al salir, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos... En su rostro se veía pintada la expresión de la paz, de la alegría y de una dichosa emoción... Acababa de recibir el perdón de sus pecados.

¿Qué quería decir todo aquello? ¿Qué había sucedido la antevispera? Vedlo ahí tal como lo contó el oficial.

El sacerdote á quien se dirigió conoció en seguida en el tono con que le hablaba su penitente, que no se trataba de una confesión formal.

—Vos os burláis de mí, caballero,—le dijo interrumpiéndole dulcemente,—y hacéis mal, porque no conviene tomar á broma las cosas de Dios ni las de sus ministros. Pero os perdono de todo corazón y ruego á Dios que os perdone también.

El oficial, algo desconcertado, trató de excusarse.

—No, no,—interrumpióle sonriéndose el buen sacerdote,—habéis hecho mal; pero no hablemos más de ello. Unicamente, ya que habéis venido á encontrarme, espero me permitáis conversar con vos un instante, y preguntaros qué sois ó cuál es vuestro estado.



—Con mucho gusto contestaré, caballero,—respondió el oficial:—soy militar.

—¡Ah! es un bello estado. Y ¿qué grado tenéis?

—Soy subteniente: acabo de salir de Saint-Cyr.

—Y después de esto ¿qué seréis?

—Después seré teniente.

—¿Y después?

—Después, capitán.

—¿Y después?

—Después comandante, luego teniente coronel, luego coronel, después general, más tarde... tal vez teniente general.

—Y ¿á qué edad puede que seáis esto último?

—¡Psé!... Si tengo suerte, y voy á Africa, á 40 ó 45 años.

—Y ¿no pensáis casaros?

—¡Oh! vaya; me casaré.

—Conque, heos ahí general y casado; y después, ¿qué seréis?

—¿Después?... Después ya no hay más grado que el de mariscal.

—Y suponiendo que lo obtengáis; ¿qué haréis después?

—¡Oh! ¡caramba! Después ya no haría nada más. Me retiraría á descansar con mi mujer y con mis hijos.

—¿Y después?

—¡Cómo, después!

—El acento grave del sacerdote embarazaba más y más al joven militar.

—¡Y bien! Después... me moriré.

—¿Y después?

Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven: no había pensado jamás en aquel *después*.

—Ya no contestáis, caballero,—dijole gravemente el confesor:—y no lo hacéis porque probablemente ignoráis lo que pasará *después*. Vos me habéis explicado todo lo que pasará *antes*: yo, á mi vez, voy á deciros lo que pasará *después*. Después de vuestra muerte, caballero, vuestra alma comparecerá delante de Jesucristo, y será juzgada, no según su gloria humana, que habrá pasado como un sueño, sino según sus obras, buenas ó malas. Si habéis sido virtuoso y fiel observador de las leyes de Dios y de su Iglesia; si habéis sido humilde, puro, casto, bueno para con los demás, justo; en una palabra: si habéis sido un bueno y verdadero cristiano, os salvarán y entraréis á gozar de la inmutable dicha de la eternidad. Si, por el contrario, habéis seguido vuestras pasiones, si habéis olvidado el servicio de Dios, si habéis sido orgulloso, impúdico, negligente, duro para con los demás, injusto; en una palabra: si no habéis sido un cristiano fiel, os condenarán, tenedlo entendido, caballero; con todo y ser general, ó mariscal, si podéis llegar á serlo, seréis juzgado por Aquel que á nadie teme y oiréis su atronadora sentencia: «Aléjate de Mí, maldito, vete



al fuego eterno que ha sido preparado para el demonio y para sus servidores». Ahora me queda todavía por decirle una palabra. Vos me habéis ofendido gravemente, viniéndoos á burlar de mí á mis propias barbas, y exijo una satisfacción, que, si sois hombre de honor, no me podéis rehusar. *Quiero*, entendedlo bien; *quiero*, que durante ocho días consecutivos cada noche antes de acostaros penséis en lo que acabo de deciros aquí, y que luego pronunciéis estas palabras: *Moriré; pero me burlo de eso. Después de mi muerte, seré juzgado; pero me burlo de eso. Después del juicio, seré condenado, y condenado eternamente; pero me burlo de eso.* Esta es la reparación que exijo de vos. ¿Me dáis vuestra palabra de honor de que lo cumpliréis?

El pobre penitente, como zorra cogida, no se atrevió á rehusar. Dió palabra de honor de hacer lo que se le pedía y el sacerdote le dijo entonces:

—Id, pues, caballero; desde el fondo de mi corazón os perdono y prometo no olvidaros delante de Dios.

Cediendo á un sentimiento de honor y de lealtad, el militar había cumplido la penitencia impuesta... No se había resistido á ella. Y dos días después, trocado y lleno su corazón de un sincero arrepentimiento, había vuelto *de veras* al confesonario á que dos días antes se había aproximado *de broma*. Después ha sido un excelente cristiano.

Si fuéramos prudentes, pensaríamos todos cada día en la brevedad de la vida y en lo inmutable de la eternidad que nos espera, y no tardaríamos en llegar á ser tan buenos cristianos como aquel joven oficial.

(*Veladas Religiosas* de Mr. Segur).

---

## Liturgia.

---

(Continuación.)

La Iglesia aspira también á conseguir el segundo advenimiento, que es una continuación del primero, y consiste, como hemos dicho arriba, en la visita que hace Jesús á nuestros corazones. Todos los años se verifica este advenimiento en Navidad, y un nuevo nacimiento del Hijo de Dios es el que libra á la sociedad de los fieles de la esclavitud en que quisiera sujetarla el enemigo de las almas. La Iglesia, durante el tiempo de Adviento, pide al cielo que no se dilate la visita de Aquel que es su Jefe y Esposo, para que la visite en su jerarquía y en sus miembros, de los cuales unos están vivos y otros se hallan muertos, pero pueden revivir;



y para que la visite también por último en aquellos que, aun cuando no pertenecen á su comunión, desea, sin embargo, vivamente se conviertan y conozcan la verdadera luz: valiéndose para impetrar este amoroso é invisible advenimiento de Jesús á nuestras almas de las mismas expresiones con que solicita la venida del Redentor en carne mortal. Inútil hubiera sido la venida del Hijo de Dios hace veinte siglos, para salvar al género humano, si no viniera á cada instante y en todo momento á sostener y fomentar en nuestras almas la vida de la gracia, cuyo principio no es otro sino El mismo.

Mas esta visita anual del Esposo no satisface, sin embargo, á la Iglesia; aspira también ésta al tercer advenimiento que ha de consumir todas las cosas, abriendo de par en par las puertas de la eternidad. Desea vivamente esta cariñosa Madre nuestra verse libre de las cosas temporales; suspira por el dichoso momento de ver completo el número de los elegidos, y de que aparezca en los aires la señal victoriosa de su Libertador y Esposo.

Mas este día de la visita del Esposo será al propio tiempo día terrible. La Iglesia se estremece al pensar el tribunal, ante el que han de comparecer todos los hombres. Llama á este día en la Secuencia ó Prosa de la Misa de difuntos *día de ira del que han dicho David y la Sibila que debe reducir el mundo en ceniza; día de lágrimas y de horror*. Mas con esto no significa la Iglesia que tema por ello, porque en dicho día colocará para siempre sobre su cabeza la corona de Esposa; pero su corazón de madre se inquieta al considerar que, en aquel terrible momento, muchos de sus hijos estarán colocados á la izquierda del Juez, separados de entre los elegidos y arrojados para siempre al lugar en donde reinan las tinieblas y en el que pasarán la eternidad en el llanto y la desesperación. Por esta razón la Iglesia nos muestra á menudo durante el Adviento la venida de Cristo como un advenimiento terrible, escogiendo los pasajes de la Escritura más á propósito para despertar en nosotros un terror saludable.

LITURGIA DEL ADVIENTO. Dos cosas constituyen la Liturgia de este tiempo, como la de los restantes en que se halla dividido el año eclesiástico, á saber: las oraciones, lecturas y demás fórmulas, en que nos valemos de la palabra para manifestar los sentimientos expuestos en la parte mística; y los ritos externos propios de este santo tiempo, que completan lo que expresan los cantos y palabras.



Estudiemos, en primer lugar, la duración del Adviento, y veremos que, en un principio, duraba cuarenta días; forma primitiva aún seguida en el rito ambrosiano y entre los Orientales: y si bien es cierto que la Iglesia Romana y las que le han seguido, abandonaron algún tiempo después esta costumbre, sustituyen, sin embargo, estos cuarenta días por las cuatro semanas de que hoy consta; números ambos que encierran en sí una gran misteriosa significación. Pues, recuérdanos la Iglesia, por esa duración, el espacio de los cuarenta siglos ó cuatro mil años, que precedieron al nacimiento sobre la tierra del Hijo de Dios, espacio de tiempo durante el cual los justos de la Ley antigua suspiraban por la venida del Mesías prometido, que había de reconciliar al hombre con Dios, separados como estaban, por el pecado de Adán. No teniendo nosotros que desear este Advenimiento del Señor, por ser ya un hecho realizado hace diez y nueve siglos, por esta razón vemos que la última semana no termina, porque la gloria, que ha de otorgarse á los justos en el último advenimiento de Jesús, ó sea en el día del juicio, no ha de concluir jamás.

(Continuará).

---

## Noticias generales.

---

Hemos tenido la satisfacción de recibir el primer tomo de la *Biblioteca Catequística*; iniciada por el editor católico de Barcelona D. Gustavo Gili (calle de la Universidad, núm. 45).

Dicho primer tomo, debido á la pluma del sabio Jesuíta don Ramón Ruiz Amado, titúlase *La enseñanza popular de la Religión* según la Encíclica «Acerbo nimis» de Nuestro Santísimo Padre Pío X, y lo consideramos de gran utilidad para todos aquellos que se dedican á la enseñanza del Catecismo.

En prensa se halla el segundo tomo de esta Biblioteca, titulado *Catecismo popular*, explanado por el R. F. Spirago, traducido directamente de la sexta edición alemana y que contendrá la *Parte dogmática*.

Sucesivamente se darán á luz otras dos partes conteniendo la *Doctrina moral* y la de la *Santificación*, proponiéndose el editor, con el auxilio de Dios, terminar tan importante obra en el año corriente 1906, completando después esta Biblioteca varias obras originales y traducciones de los mejores libros extranjeros sobre *Historia Bíblica*, *Liturgia Parenética Catequística* etc., para



suministrar al Reverendo Clero español copiosos elementos de explicación y propaganda catequística.

A medida que estas diferentes obras ven la luz pública, las iremos dando á conocer á nuestros lectores.

El primer volumen, de 336 páginas, se halla de venta en casa del editor ya citado, al precio de 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en tela inglesa.

\*\*\* Como consecuencia de una solicitud que varias señoras de Vigo enviaron al Fiscal del Tribunal Supremo, el Juez de aquel partido dirigió una comunicación á la Alcaldía, encareciéndole la necesidad de perseguir los delitos de blasfemia, publicaciones, estampas y canciones obscenas.

\*\*\* Han fallecido los Emms. Cardenales Goosseus, Arzobispo de Malinas (Bélgica), y Perraud, Arzobispo de Autun (Francia.—RR. I. P.



## Santorial.

Día 25. Domingo de *Quincuagésima*. Stos. Félix III, p., Tarasio, ob., y Cesáreo, cf.

Día 26, lunes. Stos. Néstor, ob., Fortunato, m., y Victor, cf.

Día 27, martes. Stos. Leandro, ob., Basilio y Procopio, cfs., y Baldomero, m. y cf.—*Ciérranse las velaciones*.

Día 28, miércoles *de Ceniza*. Stos. Román, ab., Rufino, Justo y Teófilo, mrs.—**ABSTINENCIA DE CARNE. AYUNO y lo mismo todos los días de Cuaresma, excepto los domingos, en los que, aunque no se ayune, está prohibido promiscuar.** De hoy al 22 de Abril se gana la

indulgencia de la Bula, que se puede elevar á plenaria recibiendo los Santos Sacramentos.

Día 1.º de Marzo, jueves. El Santo Angel de la Guarda. Santos Rosendo y Albino, obs., Stas. Eudosa y Antonina, mrs., y Siviardo, ab.

Día 2, viernes. La Corona de Espinas de Nuestro Señor Jesucristo, Simplicio, p. y cf., y santas Secundina y Jenara, mrs.—**ABSTINENCIA DE CARNE.**

Día 3, sábado. Stos. Emeterio y Celedonio, mrs. Stas. Conegunda, vg., Piamon, niña vg., y María, mr.